¿Qué quería usted que yo hiciera?

Durante mi vida de ingeniero, sorbí trago á trago, de día en día, la hiel y el vinagre de todo aquel dolor injusto, inmenso irreductible... y formé el propósito de atenuarlo, aún á costa de mi vida si necesario fuera.

Aprovechando mis ratos de ocio, dí principio á la tarea, inculcando en aquellas pobres y sencillas gentes, la noción de sus derechos ciudadanos, proporcionándoles rudimentos de instrucción elemental.

Y empecé por sus **derechos,** porque sus **obligaciones elevadas al cubo,** harto se las hacían conocer á aquellos infelices los déspotas que sin piedad ni miramiento los trataban como á **cosas,** no como á hombres, ni siquiera como animales á quienes haya que cuidar siquiera por el rendimiento que produzcan.

Aquellos **párias,** una vez perdida la vesgiienza, más temor, de los que ellos juzgaban no ser de su clase, aprendían con rapidez, y no dudo hubiera entre ellos hombres de la madera de los Juárez ó Altamirano.

Dóciles, fácilmente educables, guiados por buen camino, no les es nada difícil á nuestros paisanos salir del embrutecimiento secular en que yacen.

En el Japón, **país abierto** á la civilización muchísimo más tarde que México, el 85 0|0 de la población sabe leer y escribir, mientras que en nuestro país sólo alcanza igual beneficio el 20 o|o.

La conformación craneana del mexicano en el 95 o|o, es perfectamente normal, sin protuberancias, ni signo alguno morboso de degeneración ó defecto orgánico de raza.

¿Por qué, si tenemos hombres de cerebro bien conformado, dócil temperamento, gran espíritu imitativo, de gran habilidad manual, nuestro pueblo se halla en condiciones tan tristes...?

Por falta de educación, de escuelas, indudablemente. A causa del descuido del Gobierno que no supo, ó no quiso erigir planteles, ni adoptar la menor medida tendente á elevar el nivel moral é intelectual de un pueblo de esclavos irredentos, cual convenían á los que á la sombra de esa situación, medraban y se enriquecían sin el menor escrúpulo.

Sí; como digo, mi trabajo político fué en el fondo, labor educativa, ardua y penosa al principio, más hacedera luego, pues esos ignorantes tratándolos humanamente dejan de ser lo que se ha hecho, con criminal indiferencia, que sean.

Hasta hace cinco años pude yo haber sido considerado como simple **evolucionador,** ó **teorizante,** más ó menos práctico.

Pero un, al parecer sencillo, hecho, decidió de mi actitud decisiva.

En la visita que hice á cierto cuartel de Guadalajara, presencié la **siguiente** escena:

¡Cuadro horrible y dantesco que jamás se borrará de mi memoria!

En uno de los patios, en informe apelotonamiento, se hallaban más de cuatrocientos yaquis deportados á Yucatán.

¿Conoce usted seguramente los relatos rusos sobre Siberia?

Pues algo muy parecido. Pregunté á una mujer que sostenía á un niño entre sus brazos, cuál era el delito porque se la castigaba.

La infeliz me respondió en substancia lo siguiente:

No tenía á nadie: ni padre, hermanos, ni marido, sólo el **chamaco.** Vivía en un ranchito trabajando en lo que podía con sus animalitos.

Un día, habían pasado por allí los **pelones** y habían **arriado** con todo.

Ella no sabía dónde la conducían; como buena bestia resignada, iba entre el rebaño humano del mismo modo que las hojas secas que la ventisca de otoño barre ó reune hacia un fin desconocido.

De sus cuatrocientos compañeros, la mayoría eran ancianos, mujeres y niños, no llegando á cincuenta los hombres realmente útiles que hubieran podido haber hecho armas contra el gobierno que los deportaba.

Extenuados por la fatiga, tenían todos ellos grabados, como un estigma, en sus frentes, ese sello de rabia impotente que sólo producen las grandes infamias ó las grandes injusticias.

Habían sido arrancados de las ricas regiones del Yaqui, hechas productivas por su trabajo, para satisfacer la rapiña de los grandes terratenientes codiciosos de sus predios, y ahora irían, como ganado de venta, á servir de yuntas en las haciendas yucatecas.

¿Quiere usted mayor martirio, injusticia más tremenda que el destino de aquella pobre gente condenada á trabajar, sin recompensa, en un clima mortífero, sin tener siquiera la esperanza de la huída?

Pero que importaba á nadie tan triste destino, si un Izabal, Corral, ó un Torres,

Coronel Eduardo Hay